



# Homenaje a J.-B. Pontalis

---

MARÍA LUCILA MARILÚ PELENTO<sup>1</sup>

En enero de 2013 recibimos con tristeza la noticia del fallecimiento de J.-B. Pontalis. Un autor que desde hace muchos años nos brindó, en cada una de sus obras, una perspectiva luminosa sobre cuestiones que atraían nuestra atención: el sueño, el dolor, el tiempo, la contratransferencia, los modos de transmisión, etcétera.

Antes de presentar algunas de sus ideas, deseo transmitir la resonancia que me produjo cierto estilo de escritura presente en los escritos de este autor. No me refiero solamente a su cualidad literaria, indiscutible para mí, sino a un modo de transmitir vivencias y experiencias recogidas fuera y dentro del consultorio que me recordó, por su «musicalidad», modos de expresión de autores de la corriente fenomenológica, fundamentalmente de Merleau-Ponty. La impresión de un contacto muy estrecho entre Pontalis y aquel filósofo se vio confirmada por las palabras del primero, quien en el año 2010 en su libro *Al margen de las noches* escribió: «Por mi parte le debo a Merleau-Ponty lo esencial de lo que he podido pensar y escribir...». También se vio confirmada por el lugar que le otorgó en sus escritos a este filósofo. En dos de sus obras —*Après Freud*, de 1968, y *Entre le rêve et la douleur*, de 1977— le dedica un capítulo a Merleau-Ponty. En la primera se refiere a la posición del inconsciente para este autor; en la segunda, al rol determinante que jugó el psicoanálisis en el último viraje de Merleau-Ponty presente en su texto *Lo visible y lo invisible*.

1 Miembro adherente de la Asociación Psicoanalítica Argentina.  
maripe@fibertel.com.ar

Como recordarán, el pensamiento de Merleau-Ponty no se mueve por oposiciones, como el de Sartre, sino en el entre-dos, en lo ambiguo. Este filósofo, además de haber sido el primero que tradujo en 1951 la obra de Klein, en un curso memorable sobre el lenguaje del niño se refirió al malentendido que giraba en torno a la palabra *ambigüedad*. Señaló que la ambigüedad propia del pensamiento adulto no consiste en tener dos imágenes diferentes alternantes del mismo objeto —esto implicaría ambivalencia—, sino en poseer un pensamiento que distingue el movimiento interior que hace participar a las cosas de sus contrarios. En *El elogio de la filosofía* señala que la «buena ambigüedad» permite moverse entre fronteras sin quedar atrapado en lógicas binarias.

Al leer la obra de Pontalis se puede apreciar que al mismo tiempo que dibuja un espacio clínico va diseñando un espacio teórico. Espacios que se mueven entre fronteras y que confrontan con frecuencia con la doble faz de muchas formaciones del inconsciente. Así, por ejemplo, señala que el sueño ayuda a soportar la ausencia de los objetos, pero al mismo tiempo se puede transformar en objeto fetiche. La ilusión puede tener un carácter constructivo como descubrió Winnicott o una función alienante como en las ideologías; la teoría puede abrir vías de conocimiento o transformarse en un aparato de creencia.

Entre las cuestiones que revisa, Pontalis otorga un lugar especial al sueño y al dolor, como lo atestigua su libro escrito en 1977 titulado *Entre el sueño y el dolor*. Allí explora cuestiones referidas al sueño, a la presencia y la ausencia, al saber y al fantasma, a los lugares y la separación, a la contratransferencia, etcétera. Refiriéndose a los sueños señala las diferentes tendencias que se observan entre los analistas. Por un lado, a darles a estos un lugar aparte o incluirlos junto al resto del material; por otro, a revisar dos de las defensas específicas utilizadas por los pacientes: manipulación del sueño, como hace el perverso, o reducción de este a un objeto interno no compartible para prolongar el placer, como hacen otros pacientes. En estas consideraciones se puede observar el espacio importante que Pontalis le confiere en su teoría a la noción winnicottiana de «uso de un objeto».

Con respecto al dolor, nos hace notar la reticencia que existe a incluirlo en el vocabulario psicoanalítico, como si hubiera temor a darle demasiado espacio. Idea que parece coincidir con cierta lógica cultural desplegada

desde las últimas décadas del siglo pasado hasta la actualidad. Lógica que empuja a dar por sentado que la vida es positiva, que es necesario desdramatizar los hechos y alejarse de pensamientos que inclinen al sufrimiento. Este modo de quitarle espacio a la problemática en torno al dolor hace que sea especialmente valioso palpar el lugar que le da a ese sentimiento un autor como Pontalis.

Recorriendo su obra se observa que es efectivamente amplio el espacio que le otorga. No solo se refiere explícitamente al dolor en un capítulo de su texto *Entre el sueño y el dolor*, sino que también en sus trabajos se destacan palabras referidas a las manifestaciones diversas del dolor. Entre otras se refiere al grito del dolor, a la memoria del dolor, al dolor del porvenir ligado a una ausencia irremediable, al dolor producido por el abandono de un ser querido, al dolor de haber perdido lo que nunca se poseyó, al dolor de la decepción. Al dolor por no ser registrado por el otro, por estar fuera de su campo de visión, al dolor del melancólico, etcétera. A la violencia de los sollozos y su inesperada irrupción. Afirma este autor que «mientras la angustia se puede decir, el dolor grita», con lo que puede ocupar todo el espacio. También al desarrollar sus ideas sobre el duelo le da una enorme importancia al dolor que produce «no ver más al otro» y sentirnos incapaces de amar lo invisible.

Otra cuestión que despertó su interés se refiere al tiempo del análisis. Señala que el análisis deja como saldo «la experiencia de un tiempo que no pasa». Este es el título de otro de sus libros, en cuyo primer capítulo afirma que «el psicoanálisis no pertenece, no puede pertenecer a su tiempo. Tampoco a otro tiempo, sino a un tiempo “otro”. La experiencia del análisis confronta con la tensión que se produce entre este tiempo “otro” y el “tiempo acotado” de la sesión. En el ámbito de la sesión en el que la transferencia se despliega se descubre también el deseo de permanecer en el limbo de los infantes, en ese mundo donde ninguna identidad está ya asegurada. En esas fronteras capaces de inventar todas las vidas imaginarias».

Refiriéndose al sueño, lo describe como un visual extraño, desligado de las ataduras con el mundo visible. Es la «cosa vista» que no se debe confundir ni con el objeto percibido ni con lo visual ni con lo invisible. Pontalis señala que «el origen de toda percepción se debe buscar en la percepción onírica» (1990-1993).

En los escritos dedicados al sueño incluidos en diferentes textos —como *Entre el sueño y el dolor*, *La fuerza de atracción* o la *Nouvelle Revue*, en un número dedicado a esta problemática— señala una importante diferencia entre el sueño como objeto, como fenómeno, y la experiencia del sueño. Allí transmite su idea de no interpretar un sueño hasta no percibir con claridad qué significó como experiencia para el paciente. La necesidad de visualizar en qué medida es una operación subjetivante o en cambio es una envoltura vacía destinada a llenar el tiempo.

También afirma que soñar «es tener acceso a otro régimen de pensamiento: un pensamiento rápido, que se desplaza por una ruta libre, es un pensamiento aventurado, anárquico, despreocupado por la coherencia del discurso y sin embargo sometido a una lógica con sus reglas y sus leyes, un pensamiento asocial y sin embargo demandando ser reconocido» (2003).

Una preocupación central que se advierte en los escritos de este autor es la tendencia de algunos pacientes a usar determinados materiales —sueños, fantasías, asociaciones— de un modo mecánico. Y señala que también el analista posee cierto modo de escuchar al paciente en forma mecánica. Esto sucede cuando espera de los «hechos» un saber particular. Hechos que en realidad solo conducen a inmovilizar el pensamiento, la palabra y el deseo.

Una pregunta que se impone es: ¿cómo salir de esa inmovilidad, cómo poner en marcha el movimiento? De un modo conmovedor describe el análisis no como un proceso sino como una travesía. En ocasiones algo detiene la marcha de esa travesía. Algo lo asombra o lo deja perplejo o lleno de espanto. Algo lo obliga a detenerse, a sentirse tocado por sentimientos o emociones muy fuertes. Algo lo lleva a detenerse, después a volver a arrancar, a sentirse torpe o bruscamente despertarse para ponerse en movimiento o estancarse nuevamente.

El fátum al que acuden los pacientes, que Pontalis describe como «los insomnes de día», muestra esa propensión a instalarse en la inmovilidad. El movimiento, en cambio, despertado por la transferencia, lleva a que el *infans* hable.

En el texto titulado *Este tiempo que no pasa* Pontalis afirma que «el análisis se dedica a hacer hablar al infans, a hacer que el fátum se calle» (Pontalis, 1997).

Pero ¿quién es el *infans*? Es aquel que está fuera del lenguaje, que no tiene nombre. No es el infante que hemos sido. Si entramos en resonancia con él tendremos acceso no solo al mundo de las sensaciones sino también al de las percepciones inmediatas no contaminadas por el saber, como en los sueños...

Podría ser, señala Pontalis, «que ese mundo sensible se haya alejado de nosotros y que solo el *infans*, el habitante fuera del lenguaje, nos permitiría reencontrarlo si solo consintiéramos —de ahí la paradoja— en escucharlo». También señala que el *infans* es intemporal como el inconsciente y sufre de la cerrazón del lenguaje articulado, de la comunicación. El *infans* exige ser recibido, «entendido por desconocidos que pudieran entrar en resonancia por poco que no hayan matado ya al *infans* en ellos» (Pontalis, 2012).

El *infans* habla de lo infantil, diferente de la infancia. ¿Qué es lo infantil?: es una fuente viva nunca agotada. Es lo «sexual indiferenciado en que pueden coexistir ternura y sensualidad, masculino y femenino, activo y pasivo» (Pontalis, 1997).

Pontalis aclara que el *infans* no está presente solo en los primeros meses de la vida, sino que se mantiene a lo largo de todo el curso de nuestra existencia. Le debemos a él tanto los deseos más sabios como los más locos.

Por último deseo recordar que en su conmovedor adiós a este autor, el 19 de enero de 2013, E. Gómez Mango expresó «dar la palabra al *infans*, hacer hablar al mudo, hacer callar al fátum para recobrar la palabra. Son leitmotivos del pensamiento y la escritura» de este autor al que tanto le debemos sus lectores. ♦